

Víctor Urquidi, el profesor

Todo homenaje a un individuo tiene, al menos, un doble propósito. Desde luego y en primer lugar, el reconocimiento al personaje único, irrepetible. Y también tiene otro objetivo: el de ser una aclamación pública de ciertos rasgos de carácter que, por acentuados en el homenajeado, invitan a ser tomados como ejemplo por quienes los consideran valores fundamentales, dignos de ser subrayados y celebrados.

Entre los aquí presentes y en esta institución —El Colegio de México—, creo ser la persona adecuada para subrayar el valor de la conducta de Víctor Urquidi como maestro; más concretamente, como profesor. La transmisión de conocimientos de manera directa, en el ámbito del salón de clase, es parte de la tarea de todos los miembros de esta institución, pero es igualmente cierto que no todos lo pueden hacer con la misma eficacia. Y puedo atestiguar que eficacia es justamente el concepto adecuado para definir a Víctor Urquidi como profesor.

El salón de clase no era el ámbito natural de Urquidi cuando lo conocí en febrero de 1961. Él tenía entonces 42 años y yo 19. Él estaba en esos años dedicado a sus tareas como economista en dos instituciones clave del Estado mexicano: el Banco de México y la Secretaría de Hacienda. El tenerlo por casi dos semestres como profesor de “Análisis económico” en El Colegio de México, justamente en el primer año de una licenciatura recién creada y que no estaba centrada en la economía —una ciencia dura dentro del ámbito de las ciencias sociales— sino en la política internacional contemporánea, fue un lujo del que no tuve plena conciencia sino hasta años después.

El grupo de internacionalistas en ciernes al que Víc-

tor Urquidi debió entonces introducir a grandes pinceladas en el mundo de los grandes conceptos de la micro y la macroeconomía, no era particularmente notable y provenía de disciplinas como derecho, ciencias políticas o historia, y algunos, como era mi caso, de ninguna, pues acabábamos de salir de la preparatoria. Si la memoria no me traiciona, en ese grupo de poco más de tres decenas de personas, sólo uno había pasado por una escuela de economía. En términos generales, puede decirse que los estudiantes de 1961 éramos muy representativos del nivel académico de la época —un nivel entre mediano y bajo— y absolutamente inocentes en la materia de la que Víctor Urquidi era entonces uno de los grandes expertos en América Latina.

El reto de Urquidi como profesor de personas mal o medianamente preparadas en su educación general y completamente ajenas a su materia, era despertar y moldear su imaginación económica. Se trataba de estudiantes que no serían economistas y que, además, parecían refractarios al modo de ver y pensar el mundo de los economistas, pero que, idealmente, su formación requería un conocimiento mínimo de los conceptos básicos de la economía para poder entender la naturaleza de los resortes que mueven la política de los estados en el sistema internacional, para explicar las grandes desigualdades entre los actores de ese sistema y, sobre todo, la sustancia del subdesarrollo latinoamericano y las posibilidades de superarlo. Guiado por Urquidi, ese conjunto heterogéneo de estudiantes entró, como un puñado de sorprendidas Alicias, en el exótico país de la oferta y la demanda, el mercado, la moneda, el trabajo, el consumo, el ahorro, la inversión, el gasto, el déficit, el superávit, el multiplicador, la competencia, el monopolio, el